

asocie a la idea de una vivencia melancólica, brumosa, de colores agri-sados y metálicos, una idea que se ha hinchado con los suicidios de poetas y escritores tan emblemáticos como Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Alfonsina Storni y Alejandra Pizarnik.

### **Esa bruma bonaerense**

El 18 de febrero de 1938, Leopoldo Lugones, a la edad de sesenta y cuatro años, pasaba por un momento difícil. Antes de tomar una mezcla de arsénico y *whiskey* mientras se encontraba en el Tigre, dejó escritas estas palabras: «No puedo concluir la *Historia de Roca*. Basta. Pido que me sepulten en la tierra, sin cajón y sin ningún signo ni nombre que me recuerde». ¿Que pudo provocar que Lugones, uno de los poetas más célebres de su tiempo, quisiera borrar cualquier evidencia de su paso por este mundo? La causa inmediata tiene que ver con la consideración general de que el suicidio era un acto abominable, inmoral, pecaminoso; era usual que a los suicidas se les enterrara sin una lápida o cruz. Entonces, si Lugones era consciente de esto, ¿por qué, aún así, decidió quitarse la vida?

Para 1912, Lugones se había convertido en el «poeta nacional», el máximo exponente del modernismo argentino. También narrador y ensayista, era director de la Biblioteca del Maestro del Consejo Nacional de Educación. Evidentemente, Lugones gozó de una situación privilegiada en el entorno intelectual bonaerense, y esta posición de poeta consagrado hizo que los jóvenes poetas de su tiempo se desvivieran por conocerlo para mostrarle sus trabajos. En este sentido, era consciente del poder que tenía y no en pocas ocasiones se mostró extremadamente exigente y un tanto arrogante. Por ejemplo, cuando Alfonsina Storni le envía un ejemplar de su primer libro de poesía, *La inquietud del rosal*, ocho meses antes de que fuera publicado para pedirle su opinión, Lugones no sólo no le contesta, sino que jamás se digna a dedicarle un comentario. Algunos aseguran que el poeta era receloso de posibles rivales, mucho más si se trataba de una mujer. Conrado Nalé Roxlo enfatiza que: «Lugones tenía una profunda prevención contra las mujeres que escribían, y más aún si se trataba de poetisas. Gustaba decir, con su maestro Nietzsche, que el hombre ha sido creado para la guerra y la mujer para solaz del guerrero; y que todo lo demás era locura...» Cierta vez, estando Arturo Capdevila en el despacho de Lugones, este le mostró un libro de Alfonsina que le acababa de llegar. El

libro tenía escrita una irónica dedicatoria que el poeta consideró inaudita: «A Leopoldo Lugones que no me estima ni me quiere, Alfonsina Storni». Cuando Capdevila le pregunta que es lo que hará al respecto, le contesta, con todo la soberbia que lo caracterizó: «Lo que corresponde: nada».

Alrededor de 1929, la situación mundial afectó de cerca a la Argentina. Mussolini lideraba Italia y empezaban a gestarse en Europa las condiciones que provocarán la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo, el *crack* de Wall Street, en octubre de ese año, iniciaba una profunda crisis económica a nivel internacional. En Argentina sus efectos tardarán poco en llegar: desempleo, recesión, la quiebra de comercios, anillos de miseria alrededor de la ciudad. El 6 de septiembre de 1930, la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen será derrocada por un golpe de Estado liderado por el general José Félix Uriburu, militar antidemocrático que proyecta un régimen nacionalista radical. Leopoldo Lugones verá con buenos ojos un modelo semejante al de Benito Mussolini; para entonces, ya Alemania e Italia habían demostrado que las crisis económicas eran caldo de cultivo de regímenes dictatoriales.

Pero Lugones no siempre fue un fascista. Más bien, su vida representa un caso curioso de vaivenes ideológicos. Siendo joven, se inclinó por el anarquismo y el socialismo y junto a Manuel Ugarte, una de las personalidades más importantes del socialismo argentino, llevó el ideario izquierdista de la tribuna al pueblo. Pero con los años, su ideología política derivó hacia el fascismo. En el momento del golpe de Uriburu, apoyó sus tesis antiliberales y antidemocráticas y no sólo se convirtió en uno de los portavoces de la dictadura, sino que también escribió elocuentes discursos al gobierno militar que culminaron en *La hora de la espada*. Su hijo Leopoldo, más conocido como Polo, comisario de la Policía Federal, será un fascista convencido que inaugurará el uso de la picana eléctrica y otros métodos de tortura dirigidos a los disidentes del régimen<sup>1</sup>.

Todo lo anterior perfila un panorama personal y nacional que nos permite buscar una respuesta a la pregunta del principio: ¿por qué deci-

<sup>1</sup> *La ironía del destino hará que la nieta del poeta, Piri (Susana) Lugones, militante izquierdista, pareja por un tiempo de Rodolfo Walsh –escritor y periodista asesinado por los militares durante la Guerra Sucia–, muera a finales de los años setenta víctima de las torturas que su padre ideó. Piri solía presentarse en público diciendo: «Yo soy la nieta del poeta y la hija del torturador». Cuando Piri fue asesinada, Polo ya se había suicidado, como también lo hará Alejandro, uno de los hijos de Piri, que al igual que su bisabuelo se mató en Tigre. La historia de los Lugones no es sólo una terrible historia familiar: también representa la historia desgarradora de un país.*

dió quitarse la vida? Se sabe que en los últimos años de su existencia se le empezaron a recriminar sus oscilaciones políticas. Él mismo se empezó a sentirse decepcionado por la marcha política de su país, un destino que de alguna manera él había contribuido a tejer. Debido a estos cruces de ideologías había perdido a muchos amigos de su juventud. Para entonces, también se encontraba en una situación económica y personal desesperada: pocos libros vendidos –había dejado de ser aquel escritor emblemático frente a la consolidación de la nueva generación de escritores, liderada por Borges, Gironde, etc.– además de los escasos pesos cobrados por sus colaboraciones. Pero la gota que colmó el vaso fue el final de su relación con una joven amante obligado por las amenazas de su hijo Polo. Tal vez Lugones sintió que había abusado demasiado y eso quizá le pareció irreparable. Se mató deseando ser olvidado, suprimido, algo que el talento de su escritura no ha permitido hasta ahora.

El escritor uruguayo, Horacio Quiroga se suicidó un año antes que Lugones, a la edad de cincuenta y ocho años. En su cuento «El hombre muerto», perteneciente a *Los desterrados* (1926), escribió: «La muerte. En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es la ley fatal, aceptada y prevista; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro». Quiroga siempre estuvo obsesionado con la muerte; la mayoría de sus cuentos son desoladores y muestran un gran conocimiento y comprensión del dolor, herencia de la tragedia que lo acompañó desde niño. La leyenda de su vida empieza en Uruguay cuando, siendo tan sólo un bebé de dos meses y medio, a su padre, aficionado a la caza, se le disparó accidentalmente la escopeta, y el tiro, que le alcanzó en el pecho, lo mató en el acto. Ocurrió cuando regresaba a casa, en presencia de toda la familia, y su madre, asustada, soltó al bebé de sus brazos. Años después, su padrastro se suicidó tras sufrir un derrame cerebral que lo había dejado paralítico. En 1902, un amigo suyo, Federico Ferrando, que se iba a batir en duelo, resultó muerto cuando a Horacio, que revisaba la pistola, se le disparó una bala que entró por la boca de su amigo. Tuvo que pasar unos días en la cárcel durante los cuales se le interrogó intensamente. Cuando salió de la prisión, deprimido y afectado, decidió mudarse a Buenos Aires. En 1907, cuando ejercía el cargo de maestro, se enamoró de una de sus alumnas, Ana María Cires, de tan sólo quince años, y a quien le doblaba la edad. Se casaron dos años

después y se marcharon a la selva de Misiones, donde nacieron sus dos hijos, Eglé y Darío. Sin embargo, seis años después, Ana María, aislada y aterrorizada por la vida inclemente en la selva, rodeada de serpientes y otros peligros, ingirió una sobredosis de sublimado y agonizó durante ocho días. Más adelante, sus dos hijos también se suicidarán, Eglé, en 1938, y Darío, en 1951. La muerte rondó su vida de forma tan vívida que quizá por eso protagonizó episodios en los que parecía desafiarla: se enfrentaba a las víboras, a los ríos crecidos, al sol, y si una herida se le infectaba, nunca recurría al médico.

Sin embargo, en vida Quiroga también fue un hombre de una gran vitalidad, poseedor de una personalidad estafalaria. Había vuelto a nacer después de un viaje a San Ignacio (Misiones), realizado en 1903 junto a Leopoldo Lugones, quien le había propuesto que le acompañara en una excursión por la selva como fotógrafo. Quiroga quedó inmediatamente impactado por la exuberancia de la selva, donde, como vimos, más adelante se instalará. A lo largo de su vida realizó proezas excéntricas y eclécticas que Leonor Fleming ha resumido espléndidamente:

Trabajó con entrega total e igual inconstancia en todas las actividades: en los periódicos y tertulias literarias juveniles, como algodonero en el Chaco y yerbatero en Misiones; fabricó dulces, macetas, mosaicos de bleck y arena, resina de incienso; inventó aparatos para matar hormigas, moler maíz o destilar naranjas; fue ciclista, motorista [le gustaba hacer carreras a la par de los trenes sobre su motocicleta], cinéfilo, aficionado a la navegación de ríos y constructor de sus propias canoas; trabajó a brazo partido como peón de campo en sus tierras y construyó con sus propias manos su *bungalow* de madera en San Ignacio; fue explorador, cazador, ingenioso montador de trampas de monte; fue profesor en Buenos Aires; dedicó a sus hijos una educación extravagante pero voluntariosa; con menos dedicación y sin ningún entusiasmo se desempeñó como delegado consular de su país natal y, más tarde, como juez de paz y oficial del Registro Civil de la administración argentina. En resumen, «un bicho raro aunque precioso», según palabras del, por entonces, fiscal Macedonio Fernández.

Para 1936, Quiroga pasaba por apuros económicos y su segunda esposa, María Elena Bravo, lo había abandonado llevándose a Pituca, la pequeña hija de ambos; ella tampoco había soportado la vida en la selva. Por otra parte, el escritor mantenía una relación hostil con su hijo Darío y desde hacía tiempo no se hablaban; con Eglé empezaba a restablecer una relación que había pasado por momentos agrios. Lo cierto